

EMILIO GARCÍA-SÁNCHEZ,  
*Infinitos heridos. El rescate de los vulnerables*  
(Ensayo sobre la vulnerabilidad humana).

---

Dykinson, Madrid 2021, 122 pp.  
ISBN 978-84-1377-889-1

El profesor Emilio García-Sánchez, docente de bioética en la Universidad CEU Cardenal Herrera, es autor de la monografía *Despertar la compasión. El cuidado ético de los enfermos graves* (EUNSA, 2017) y editor y autor de obras como *10 interrogantes bioéticos actuales* (EUNSA, 2021) y *Human Dignity of the Vulnerable in the Age of Rights* (Springer, 2016). En *Infinitos heridos. El rescate de los vulnerables*, Emilio García-Sánchez retoma una cuestión bioética, como es la vulnerabilidad, presente ya en alguna de las obras precedentes. La forma elegida para ello es el ensayo, de ahí que el escrito, manteniendo su rigor científico, adopte un estilo en algunas ocasiones literario y personal. Esto es muy patente, por ejemplo, en los dos primeros capítulos, “Infinitos heridos: con ojos azules” y “Humanos: rosas frágiles en el desierto”. En el primero, y de la mano de Alessandro D’Avenia, nos recuerda que el hombre es un *già ma non ancora*, es decir, un ser abierto al infinito al que aspira desde su finitud, desde su fragilidad, desde su humana vulnerabilidad. En el segundo, nos recuerda que siendo como rosas, bellas y hermosas, crecemos en un entorno hostil que nos revela nuestra debilidad y la necesaria paciencia que exige el florecer humano.

El capítulo tres es, a mi juicio, el central de todo el libro. El profesor Emilio García-Sánchez analiza la vulnerabilidad como dimensión intrínseca, propia y esencial de todo ser humano. El título lo dice todo: “La vulnerabilidad: vivir es ser vulnerable”. Desde el nacimiento constatamos que el hombre es una criatura precaria, a medio gestar, que termina de hacerse en la relación de cuidado y protección que recibe de los demás. Además, esta condición se prolonga a lo largo de la vida, siempre somos vulnerables, si no estamos enfermos, lo estaremos más adelante. Aunque el transhumanismo de Bostrom y Savulescu quieran eliminar esta cualidad intrínseca, se trata más bien de un vano intento. Esta condición debería enseñarse, como nos alerta el autor: “Pedagógicamente, por descuido de familias y otros educadores, se están generando promociones

de niños inexpertos incultos en el arte de ser frágiles y de convivir con otros frágiles (...)” (p. 31). La vulnerabilidad es el mejor de nuestros trajes, es el traje original, el que mejor nos queda, insiste García-Sánchez. No significa esto renunciar a la investigación médica y al ejercicio de mejorar en la medida de lo posible nuestras condiciones físicas y de salud. Pero si excluyéramos la vulnerabilidad de nuestra condición humana, se “arrinconaría al inmenso número de vulnerables que andan por el mundo. Quedaría una sociedad selecta y elitista habitada solo por los compatibles con la vida, ¿pero con qué vida?, con la de seres invulnerables, puros y sanos, disfrazados de un atuendo fabricado pero falsificador de la condición humana” (p. 33). Además, como concluye el autor en este capítulo, “solo los vulnerables se compadecen de los vulnerables” (p. 34), “para ser un buen interlocutor con los enfermos uno ha de comprenderse como ser vulnerable” (p. 36), “solo es posible una comunidad humana –con vecindad– entre hombres heridos que compartan sus carencias y socialicen sus sufrimientos” (p. 35).

Las ideas antes mentadas son el punto de partida del capítulo cuarto, *Humanos necesitados: la atracción ontológica de la debilidad*, donde el autor reflexiona sobre el deber moral que se desprende de nuestra condición de vulnerables: el cuidado y la atención al débil y al enfermo. Emilio García-Sánchez intenta en un primer momento fundamentar antropológicamente esta tarea ética aludiendo a la vinculación natural que todo ser humano, desde su nacimiento, tiene con los demás: “la verdad insoslayable, tantas veces comprobada, es que cada hombre necesita la ayuda de otros seres relacionales como él para empezar a vivir, sobrevivir y para bien morir” (p. 41). Es mentira que seamos seres autónomos, como proclamó la modernidad. La verdad es que la existencia humana, proclama García-Sánchez, es substancialmente con-vivir (vivir con otros) (p. 42). Aludiendo a C. S. Lewis y *Los cuatro amores*, recuerda el amor necesidad que todos experimentamos, citando a Levinas se subraya la importancia de la proximidad física, de la caricia, de los gestos y el tacto en las relaciones humanas, y evocando otros autores se insiste en la cercanía física, el acompañamiento, etc., todos elementos que evidencian la necesidad de afecto carnal que el enfermo reclama y necesita. Se rebate, por lo mismo, a Dawkins y su gen egoísta para afirmar una y otra vez que el instinto en el hombre es el contrario, es decir, estamos inclinados al cuidado del otro: “El cuidado del otro necesitado define la relación más básica y primitiva que se da entre los hombres, un tipo de orden interno y natural” (p. 47). Así pues, si yo soy vulnerable y el otro también, surge necesariamente la necesidad de atender al prójimo cuando sea necesario y de ser cuidado por otros llegado el momento. “La vulnerabilidad –es-

cribe el profesor García Sánchez– da fundamento a la ética del cuidado: te cuido porque eres vulnerable, y porque todos los somos, dependemos unos de otros” (p. 49). Esta ética del cuidado no debe tener límites, debe ser incondicional para todas las vidas y para toda la vida, por lo tanto, no se puede excluir a nadie y a ninguna situación. Y ello exige la lógica del amor, que siempre es incondicional, si no, no es amor. El autor concluye el capítulo con una reflexión sobre el cuidado de los ancianos tantas veces olvidados. En una sociedad que ha idolatrado la juventud, la ancianidad aparece como un antivalar: “Tratar a la ancianidad como un disvalor social genera en primer lugar su invisibilidad y, al mismo tiempo, una desigualdad con respecto a los que aún no han llegado a ella” (p. 55). Denuncia nuestro autor la discriminación que nuestra sociedad ejerce sobre los que son improductivos, los que solo generan gastos y son una carga para los demás, especialmente, sobre los ancianos.

Los capítulos cinco y seis recogen algunos rasgos descriptivos de la sociedad actual que imposibilitan la aceptación de la vulnerabilidad. Califica Emilio García-Sánchez al hombre de hoy como un *superproductor hedonista*. El trabajo con la consecuente retribución económica y el placer y diversión son los polos entre los que se mueve el hombre de hoy. En este esquema no cabe la vulnerabilidad: “La obsesión postmoderna por el triunfo y la utilidad borran la condición histórica del hombre: su fragilidad y temporalidad. El nuevo estatus social le exige estar siempre listo, perfecto y ya hecho en el mismo acto de nacer” (p. 62). La tentación de descartar e incluso eliminar a los inútiles improductivos, como hizo la Alemania nazi, es cada vez más fuerte, pero con formas y manera menos cruentas y disfrazadas de compasión. El capítulo seis se centra en describir el fracaso del modelo autónomo e individualista del hombre y la consecuencias éticas y antropológicas que esto ha conllevado.

El último capítulo, *El rescate de los vulnerables: con cuidados y compasión verdadera*, recuerda en algunos pasajes a una de las monografías del autor como es *Despertar la compasión. El cuidado ético de los enfermos graves* (EUNSA, 2017). En cada uno de los epígrafes se nos invita a rescatar en primer lugar una verdadera mirada compasiva frente a las falsas miradas que esconden y disfrazan la impiedad. Posteriormente se incide en rescatar la verdadera autonomía para el enfermo por medio de los cuidados paliativos: eliminar el dolor hace autónomo al vulnerable y le permite decidir de verdad sobre sí mismo. Esto tiene consecuencias muy importantes en la práctica de la eutanasia: “(...) la misión de rescatar la autonomía consiste en contar con los medios paliativos necesarios para reconducir ese ‘me quiero morir’ hacia un ‘quiero cuidarte’ del médico. Con esta profesional asistencia podemos lograr que el enfermo

dependiente elija finalmente el acto más autónomo y libre por excelencia: vivir” (p. 106). Hay que rescatar, asimismo, la dignidad del enfermo y vulnerable. La dignidad no está sujeta al estado de salud, siempre somos dignos, en todo estado y condición de vida. La dignidad humana es un metaprincipio que no está supeditado a ningún otro valor. El ensayo se completa con un capítulo a modo de conclusión y con un epílogo titulado *La lección humana de la pandemia del Covid*.

Debemos subrayar que en todo momento el autor del libro cita y refiere numerosa bibliografía, quizá demasiada, pero evidencia las numerosas lecturas y estudio que ha supuesto la redacción del texto. Es un escrito de lectura obligatoria para todo aquel que desee abordar científica y académicamente la cuestión de la vulnerabilidad. Felicitamos a la editorial Dykinson por el acierto al acoger este ensayo en su colección *Bioética para pensar*.

RAFAEL FAYOS FEBRER